

La sombra de Freud

JOSÉ LUIS PINILLOS *

DURANTE las últimas semanas, la prensa ha recordado que hace ahora medio siglo, a eso de la media noche de un lluvioso 23 de septiembre, moría en Londres Sigmund Freud, en una casa de Golders Green, no muy lejos, por cierto, de donde yo habría de vivir unos años después. La prensa, como digo, ha divulgado toda clase de detalles acerca de la muerte ayudada del maestro y, con tal motivo, han aparecido bastantes artículos, que a pesar de su interés no han acabado de situar como es debido, pienso yo, a la figura de Freud en el panorama actual de las ciencias humanas. O mejor dicho, creo que ni siquiera lo han pretendido. Me da la impresión de que la silueta intelectual del maestro, a quien desde luego se sigue rindiendo pleitesía, empieza a desvanecerse bajo la incierta claridad del nuevo milenio que se acerca. Michel Henry advirtió hace unos años que más que un comienzo Freud era un final, el final de un proceso que había comenzado con Schopenhauer y llegado a su cénit con Nietzsche. Puede que el juicio de Henry fuese demasiado duro, pero de alguna manera se compagina con el declive que desde hace tiempo viene experimentando científica y terapéuticamente el psicoanálisis, esto es, con lo que mi maestro Eysenck ha llamado, parafraseando a Gibbon, *Decline and Fall of the Freudian Empire*.

Decía hace un instante que, a principios de los cincuenta, mí mujer y yo vivíamos cerca de Golders Green, el barrio en que murió Freud. Por aquel entonces, yo estudiaba psicología en Londres, con una beca del *British Council*, y una serie de circunstancias que no hacen al caso me llevaron a Finchley Road —cosa que desde luego no es para impresionar a nadie—, pero me llevaron también a estudiar con Ana Freud, lo cual ya es algo más interesante, sobre todo si se tiene en cuenta que a la vez que con ella estudiaba también con uno de los mayores adversarios científicos de su padre, concretamente con Hans Eysenck. Durante algún tiempo fui alumno de los dos, de Ana y de Hans, en el Instituto de Psiquiatría. Por un lado, asistía a las clases de Ana Freud, a quien tuve oportunidad de escuchar un curso sobre el yo y sus mecanismos de defensa. De otra parte, asistía también a las clases y seminarios del profesor Eysenck que, como digo, no simpatizaba precisamente con el psicoanálisis y que acabó convirtiéndome al conductismo. Reconozco que las exposiciones de Ana Freud eran ordenadas, claras y con un indudable conocimiento de la materia que explicaba, pero debo confesar que a mí me resultaban algo grises, tal vez porque la figura del padre oscurecía la suya,

* Bilbao (Vizcaya), 1919. Catedrático de Psicología de las Universidades de Valencia y Madrid. Académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas.

y quizá también porque, inevitablemente, las comparaba con las de Eysenck, entonces muy joven y muy brillante.

En aquella época, el Maudsley estaba profundamente dividido en lo tocante al valor científico del psicoanálisis. Muchos de los psiquiatras que dirigían la clínica eran, por supuesto, de filiación psi-coanalítica, así como también un cierto número de los profesores que nos daban clase. Entre ellos, además de Ana Freud, figuraban Sten-gel, Aubrey Lewis y muchos otros psicoanalistas y psiquiatras competentes. Por otro lado, el personal investigador del Hospital, y parte del profesorado, estaba formado por psicólogos jóvenes, que tenían una mentalidad científica poco proclive al psicoanálisis, que consideraban demasiado especulativo y escasamente preocupado por los hechos. En honor a la verdad, es menester decir que aquella gente no andaba descaminada. Si alguien tiene dudas sobre lo que digo, no tiene sino que leerse la interpretación que hace Freud de la obra de Tomás Mann, *José en Egipto*, para darse cuenta de que no exagero un ápice si hablo de auténtico delirio interpretativo. Resulta que el destino de Napoleón, y el de la historia de Europa por tanto, dependerían a última hora de que el hermano mayor del Emperador se llamase José y su primera mujer, Josefina. Los ejemplos podrían multiplicarse sin grandes dificultades, y no harían sino confirmar una vez más lo que ya se sabe, es decir, que a Freud no le atrajo la ciencia positiva.

Por lo demás, estas guerras entre psicoanalistas y psicólogos no fueron, por supuesto, una peculiaridad del Maudsley. Lo que pasa es que allí tuvieron una especial intensidad y, por lo que a mí respecta, me permitieron seguir muy de cerca, muy de primera mano, las dos caras de la polémica relativa al valor científico del psicoanálisis y a su capacidad curativa. Dos cuestiones a las que me imagino que hoy ya se puede hacer frente con una cierta perspectiva histórica y un mayor distanciamiento que entonces. Muy sumariamente, pues, trataré de hacer un balance del asunto, cuando menos en aquellos aspectos que más pueden interesar a un público no especializado, y que a mi juicio son principalmente tres: ¿El psicoanálisis es una ciencia? ¿El psicoanálisis cura de verdad? ¿El psicoanálisis tiene otros valores distintos de los científicos y terapéuticos?

Respecto del primer punto, la respuesta ofrece pocas dudas. El psicoanálisis no es una ciencia, al menos en el sentido usual del vocablo: en el mejor de los casos ha sido, como anticipara Ortega muy pronto, una ciencia problemática. Por lo demás, tampoco Freud fue un científico convencional. Las razones son muy numerosas, y no son para desarrollarlas aquí, pero tienen que ver con la dificultad que presentan muchas de las teorías de Freud para ser sometidas a una comprobación empírica precisa: son teorías que, por lo general, no se pueden refutar, ni tampoco verificar, y que además no cuentan con teorías alternativas, esto es, con otras interpretaciones que oponer a las explicaciones únicas, dogmáticas, propuestas por Freud.

Freud fue muy exclusivista en sus cosas y no toleró fácilmente la proximidad de gente que discrepara de sus puntos de vista. Los ejemplos de las disisencias de Adler y Jung son los más conocidos, pero no fueron desde luego los únicos. El creador del psicoanálisis tenía además una idea un poco romántica del científico heroico, que lucha contra la incompreensión de todos y acaba venciénolos tras

grandes sacrificios. Ello le condujo a dramatizar demasiado las dificultades que, por supuesto, tuvo en la vida, como tanta otra gente. Por ejemplo, en su obra *Freud. Biólogo de la mente*, Sulloway ha desmontado con datos en la mano el mito de los silencios en torno a la primera obra de Freud. *La interpretación de los sueños* no fue un libro que tuviera un eco tan escaso como el autor y su biógrafo Jones nos han hecho creer. Cuando Freud escribió que su *Interpretación de los sueños* apenas había sido mencionada en las revistas profesionales, se dejó llevar más por el mito del héroe incomprendido que por la realidad, pues de hecho la obra fue analizada inicialmente al menos en once revistas y publicaciones relacionadas con el asunto. Ni fueron tan pocos los comentarios, ni tan hostiles como se ha dado a entender. Lo mismo habría que decir de otras publicaciones importantes de Freud, como por ejemplo «Tres ensayos sobre la vida sexual», que tuvo una acogida entusiasta por parte de algunos especialistas destacados.

Freud no estuvo tan aislado como se ha dicho, ni su obra fue tan original como se nos ha querido hacer creer: más por parte de sus discípulos, quizá, que por parte suya, pero también algo por parte suya. Freud tenía un poco el prurito de la originalidad, por lo demás muy comprensible en un hombre de su talento. Las teorías de lo inconsciente son muy antiguas y estaban muy de actualidad en el siglo XIX. El método de las asociaciones libres había sido utilizado mucho antes que por Freud, por Francisco Galton, igual que algunos descubrimientos del psiquiatra francés Janet parece que fueron utilizados generosamente por el psiquiatra «vienes», sin los debidos reconocimientos.

En suma, creo sinceramente que no sería justo utilizar a Ebbinghaus para decir que lo nuevo en las teorías de Freud no es cierto, y que lo que es cierto en ellas no es nuevo, no es de Freud; afirmar esto, insisto en ello, sería como dejar caer una calumnia o incurrir en una falsedad inaceptable. Pero de todos modos, por lo que hace a la valoración objetiva de su propio trabajo, hay que reconocer que tampoco Freud puso siempre todas las cartas sobre la mesa. De hecho, el famoso caso de Ana O. tuvo un final muy poco feliz en una clínica de una pequeña ciudad suiza, Kreuzlingen, a la vez que el caso del hombre lobo tampoco fue precisamente un éxito. Sinceramente, creo que Freud no siguió el camino de la ciencia positiva porque quiso hacer algo que no cabía en ella, pero creo también que su espíritu no era el de un científico puro. Abundan los libros que han probado esto hasta la saciedad y no es cosa de insistir sobre el asunto. Freud tuvo excelentes maestros, por ejemplo Brücke, y hubiera podido ser un notable científico como tantos otros, pero no quiso. Decidió hacer otra cosa y vaya si la hizo: creó nada menos que el psicoanálisis.

Por lo demás, las relaciones del psicoanálisis con la ciencia son bastante más complicadas de lo que acabo de decir. Una parte de la obra de Freud es, como ya he dicho, ajena a la ciencia, en el sentido de que no se puede refutar ni comprobar. Otras, en cambio, han sido refutadas frontalmente. Las hay que no han podido ser verificadas satisfactoriamente, pero tampoco refutadas del todo, y finalmente existe una porción de la obra freudiana, como por ejemplo la relativa a la teoría de la frustración-agresión, que ha tenido relaciones fe-

cundas nada menos que con la escuela conductista de Yale. Para decirlo todo, es menestar confesar que el hecho de que el psicoanálisis freudiano no sea una ciencia positiva en el sentido fuerte del término, tampoco no quiere decir que algunas de sus ideas no hayan sido fecundas para el desarrollo de la psicología científica más rigurosa. El nombre de Robert S. Woodworth y su psicología dinámica es otro argumento de peso que cualifica el hecho (por otra parte real) de que el psicoanálisis no posee la estructura epistemológica propia de la ciencia positiva, ni Freud se pareció demasiado al hombre de ciencia ideal.

La segunda cuestión que planteábamos a propósito de la valoración de Freud, se refería a la eficacia terapéutica del psicoanálisis: el psicoanálisis ¿cura o no cura? Hay que decir que Freud fue haciéndose cada vez más esceptico a este respecto —a él mismo se le atribuye la frase «*Lourdes cura más que el psicoanálisis*»— y ya se sabe que las abundantes investigaciones que se han llevado a cabo en este orden de cosas, que no son una ni dos, no han podido probar que el psicoanálisis efectivamente cure. No es, entendámonos, que los enfermos que tratan los psicoanalistas no se curen; unos se curan, los hay que no y los hay que empeoran. La cuestión no es esa. La cuestión es que el porcentaje de los que se curan no es lo suficientemente alto como para superar la barrera de la «remisión espontánea», es decir, para superar esas dos terceras partes de la población neurótica que, al parecer, mejora espontáneamente o se cura a los dos años de haber caído enferma, sin que nadie la haya tratado formalmente. Yo estaba con Eysenck el día que lanzó la bomba de la «remisión espontánea» en un Congreso de la *British Psychological Society*. La escandalaria que se formó cuando mostró sus estadísticas fue mayúscula; sus ecos no se han apagado todavía y la duda sigue en pie. La cuestión continúa *sub judice*, sin que hasta ahora el psicoanálisis haya podido probar su caso, como lo han hecho otras terapias que se han desarrollado después. Freud mismo, como he dicho, fue cediendo gradualmente en este punto, para dedicar en cambio mayor atención al psicoanálisis como hermenéutica de la vida humana. Un punto de sumo interés al que dedicaremos también una atención de urgencia.

Básicamente, Freud comenzó por elaborar una teoría y una terapia nuevas de la neurosis, apartándose de los cánones somaticistas que prevalecían a fines de siglo, por ejemplo, sobre la histeria. Esto a su vez le llevó a formular una teoría más general y mentalista del aparato psíquico en que acontecían los procesos psicopatológicos de la neurosis. Así surgieron la primera y la segunda tópica, y también la metapsicología, hasta que finalmente el hecho de que el aparato psíquico estuviera en relación constante con el mundo exterior y con el propio cuerpo, le forzaron a estudiar las relaciones conflictivas del aparato psíquico humano y sus bases biológicas con el mundo de cultura en que se mueve. De aquí salió el psicoanálisis de la cultura y, en el fondo, el moderno psicoanálisis del «ego» y la psicohistoria que de suyo exigía el nuevo planteamiento.

Freud no llegó a superar del todo el psicoanálisis de las pulsiones reprimidas, el psicoanálisis del «id», y siguió pensando siempre que la cultura es una sucesión de fracasos en la eterna empresa de reprimir los instintos. Freud era inmensamente pesimista respecto del hom-

bre y creía que lo reprimido siempre vuelve. Los neofreudianos que le sucedieron, sobre todo en Norteamérica, afirmaban en cambio que un psicoanálisis sociocultural, más centrado sobre un «ego» fuerte y flexible, con energías propias, y no sólo dependiente de la libido, sería capaz de romper el ciclo, el círculo vicioso del eterno retorno. Tal vez así se lograría que los instintos dejaran de ser sólo reprimibles, para hacerse asimismo redimibles, asumibles por la historia, incorporables al desarrollo humano. Desde una perspectiva totalitaria, el freudomarxismo jugó también una baza parecida.

En el fondo, Erikson, Lloyd de Mause y la psicohistoria han aspirado asimismo a orientar el psicoanálisis por el camino de la redención de las pulsiones, no de su mera represión. Antropológicamente, esta perspectiva sociocultural posfreudiana es más esperanzadora que la de los instintos. Sin un «ego» fuerte y flexible, con energías propias, no cabe ni imaginar siquiera una superación del conflicto entre la biología, la psicología y la cultura. Desde el punto de vista epistemológico, este planteamiento racional también resulta más asimilable que el pulsional. Ambas perspectivas, la antropológica y la metodológica, salen ganando con estos nuevos planteamientos socioculturales del psicoanálisis. Las perspectivas, en suma, no son malas. Sólo que de esta forma, a medida que la sombra de Freud se extiende, se hace también más clara, se mezcla cada vez más con la luz del tiempo que amanece. La sombra de Freud se convierte así en una sombra extraña que ilumina lo que cubre, donde lo único que falta es el verdadero Freud.

En verdad, yo no acabo de estar seguro de que el Freud que va quedando sea el que debe recordarse. En el fondo, siento que el Freud que conmovió al mundo —el que nunca entró en Viena, ni arraigó en España— fue el Freud de la sospecha, el Freud del pensamiento desiderativo, el que nos ha hecho entrever el horror de las pasiones que mueven y corrompen a la razón, el Freud mesiánico que una vez logró entreabrir la puerta que cierra el camino a las profundidades de nuestro corazón. La sombra de ese Freud sigue siendo tan oscura como la mirada de Edipo y la profundidad de lo inconsciente, pero es la verdadera.